

Palabras del Excelentísimo Sr. D. José Luis García Delgado

Excmo. Sr. Presidente
Señores Académicos,
Distinguidos y queridos amigos,
Sras. y Sres.

Diré, ante todo, que me siento muy honrado por participar en esta presentación. Es un honor compartir mesa con quienes, no sólo son reputados juristas y maestros de juristas, sino también personalidades de muy alta *auctoritas* por su dilatada trayectoria profesional y por la calidad de los servicios que han rendido a nobles causas que a todos nos importan. Y es un honor coincidir con todos uds. en este auditorio que lleva el nombre de un querido maestro de todos los economistas españoles de mi generación, Enrique Fuentes Quintana.

Pero además de honrado, me siento feliz. Porque es un placer volver a recibir en nuestra Academia a un ilustre e ilustrado amigo, amigo entrañable, Augusto Ferrero Costa, y hoy precisamente como autor de una obra singular y hermosa. El doble sentimiento que les confieso está, pues, plenamente justificado.

Para cumplir con mi cometido, haré ahora algunas breves consideraciones sobre esas páginas que presentamos y sobre quien las ha escrito.

* * *

Primero, el libro. Se trata, por lo pronto —acabo de decirlo—, de una obra nada común. Al hilo de determinadas creaciones punteras de la historia de la música o de ciertos acontecimientos, mayores o menores, que han jalonado su despliegue en unos y otros auditorios y escenarios, se nos ofrece un apretado ramillete de

sugerentes anotaciones sobre arte, literatura e historia general, consiguiendo un conjunto armónico y, más aún que atractivo, incitante, por emplear un término que gustaba tanto a Ortega (¡"incitaciones" llamaba a sus reseñas de libros). El resultado es, lo repito, una inusual obra que se mueve en el campo de la historia de la cultura. La modestia del subtítulo ("selección de ensayos") no debe en este sentido desorientar al posible lector: se trata de notas breves, escritas en diferentes momentos a lo largo de un cuarto de siglo, pero bien engarzadas, engastadas por un común criterio de búsqueda y de gusto refinado. Modesta en apariencia, dicho de otro modo, se trata de una obra ambiciosa, donde lo puntual se sabe trascender y donde, con naturalidad, de la anécdota se pasa a la categoría. No es la obra de un melómano, sino de un verdadero musicólogo; no es la obra de un diletante, sino de un hombre de cultura que toma la música como eje de sus pesquisas y reflexiones. Una obra, por lo demás, que incorpora un cierto halo poético, trasmitiendo un mensaje último que bien podría quintaesenciarse con aquel genial destello de Jorge Guillén: "Cima de la delicia, todo en el aire es música" ("todo en el aire es pájaro", dicen los versos de Guillén para nombrar la culminación de lo placentero).

El libro resulta igualmente singular por lo mucho que tiene de autobiográfico. Pues la más que apreciable aportación a la historia de la música y de la cultura que contiene se hace a partir de vivencias personales del autor, vivencias que a su vez son descritas y quedan ahí mismo registradas. Las páginas de la obra ganan así en autenticidad y transmiten convicción, lejos de lo que es mero ejercicio literario. Es un amante de la cultura, un incansable viajero y un excepcional coleccionista el que en ellas se nos descubre, el que en ellas se acaba confesando. Todo menos exhibicionismo de erudición sin palpito de vida; es éste, el pulso vital, lo que conforma el contenido y el estilo.

La singularidad se debe, finalmente, a las ilustraciones que acompañan al texto, ilustraciones que son una pequeña muestra del tesoro que acumula el autor (he tenido ocasión de comprobarlo); un tesoro formado por centenares de cartas, partituras, documentos y firmas autógrafas de una extensa nómina de estadistas, intelectuales, artistas y hombres de ciencia, huellas irrepetibles de una larga nómina de los forjadores del mundo que conocemos.

El resultado final es una obra muy hermosa, en la que el esmero editor no hace sino corresponder al sumo cuidado y la diligencia con que se ha concebido cada página, escritura e ilustraciones complementándose. Una obra ciertamente lograda, que, a su modo, es producto y a la vez persigue lo que justifica finalmente el oficio intelectual: la verdad y la libertad.

* * *

Añadiré sobre el autor tan sólo unas pocas palabras. Don Javier Pérez de Cuéllar, que lo conoce desde que el Dr. Ferrero Costa era un muchacho, nos ha dicho muchas cosas de interés sobre su ejecutoria profesional y su categoría personal; en el elocuente y emotivo prólogo que abre las páginas de la obra que presentamos ya apunta algunos relevantes datos. Yo sólo voy a anotar ahora, y casi telegráficamente, tres rasgos del ser y del estar del autor que juzgo ejemplares.

El primero, su condición de acreditado cultivador y profesional del Derecho, que siempre ha estado disponible para servir a los intereses de su patria, ese grande y para mí muy querido país que es el Perú. Su trabajo en la cátedra o en el foro, desde las aulas universitarias o desde el despacho de abogado, lo ha sabido simultanear con los encargos y misiones que desde las más altas instancias institucionales del Perú se le han encomendado, bien como estudioso y jurista especializado, bien como hombre de conciliación y diálogo. Y ha sabido hacerlo con tanta competencia como generosidad. Ejemplarmente.

Lo mismo cabe señalar de su trabajo como auténtico animador cultural, quiero decir, su tenaz dedicación a promover actividades culturales de alto nivel, a hacer con las creaciones culturales pedagogía social (otra expresión orteguiana), a enseñar y divulgar conocimientos de música, arte y literatura en unas u otras tribunas ciudadanas.

En tercer lugar, y el orden en este caso no es en absoluto indicativo de preferencias o gradación, hay otro rasgo del autor que también me parece ejemplar, bien reflejado, por cierto, en las páginas mismas del libro que presentamos: la lealtad y el amor que profesa a sus mayores —sus egregios padres— y a su familia, con su distinguida esposa, María Amalia Palacios, y sus hijos en el centro siempre de sus afanes.

* * *

Termino ya. Creo que está muy justificado lo que les dije al comenzar: tengo motivos para, personalmente, sentirme honrado y feliz, y, a la vez, concurren circunstancias para que quede señalada constancia de este acto en los anales de nuestra Real Academia.

Muchas gracias.

